

## CAPITULO IV.

De esta suerte pedimos el apoyo de la Turquía, pero todavía nos quedaba la Suecia: su príncipe salía de nuestras filas; soldado de nuestro ejército á él le debía su gloria y su cetro: en la primera ocasion de manifestar su agradecimiento ¿desertará de nuestro partido? No era de esperar tamaña ingratitude; pero aun podia preverse menos que sacrificaría los intereses verdaderos y eternos de la Suecia, á su antigua rivalidad contra Napoleon, y quizás á una debilidad demasiado comun á los nuevos favoritos de la fortuna; si acaso esta sugestion de los hombres moderadamente exaltados, á los que disfrutaban de un lustre transmitido, no es una necesidad de su

posicion, mas bien que un error de su amor propio.

En esta grande lucha de la democracia contra la aristocracia, esta última ganó uno de sus mas encarnizados enemigos. Bernadotte, lanzado casi solo en medio de la nobleza y de las cortes antiguas, dirigió todo su conato á hacerse adoptar y lo consiguió; pero este buen éxito debió comprarlo á precio de abandonar desde luego á sus antiguos compañeros de armas y autores de su gloria, en el momento del peligro. Posteriormente hizo mas: se le ha visto hollar sus cadáveres ensangrentados, en pos de los enemigos de estos, poco antes los suyos propios, para arruinar su pais natal, y con ello poner su patria adoptiva á merced del primer zar ambicioso de reinar en el Báltico.

De otro lado parece que el caracter de Bernadotte y la importancia de la Suecia en la lucha decisiva que iba á empeñarse, no fueron de bastante peso en la balanza política de Napoleon. Ardiente y tenaz, su

genio intrépido todo lo arrostró, y tanto sobrecargó una base sólida, que dió con ella por tierra. Así pues apreciando á su justo valor los intereses de los Suecos, como naturalmente unidos á los suyos, en cuanto quise debilitar la Rusia creyó poder exigir mucho sin prometer bastante; no deteniéndose su altivez en calcular la de los otros, les juzgó demasiado interesados á defender su causa para pensar que nunca pudiesen abandonarla.

Ademas, es necesario tomar las cosas de mas lejos; los hechos manifestarán que la desercion de la Suecia debe atribuirse nó menos á la zelosa ambición de Bernadotte que á la inflexible arrogancia de Napoleon. En fin, veremos que aquel nuevo príncipe cargó sobre sí una gran parte de la responsabilidad de este rompimiento, vendiendo su alianza á precio de una perfidia.

Cuando Napoleon volvió de Egipto, no subió á gefe de sus iguales por aclamacion unánime. Entonces, zelosos estos ya

de su gloria, todavía envidiaron mas su poder. No podian disputar la una y por lo mismo procuraron substraerse del otro. Moreau y otros varios generales ya fuese por seguir el torrente ó por sorpresa, habian cooperado al 18 brumario; pero se arrepintieron: Bernadotte se habia resistido; solo de noche en casa de Napoleon, en medio de mil oficiales adictos que esperaban las órdenes de este conquistador, Bernadotte, entonces republicano, tuvo la osadía de resistirse á las razones de aquel y responder á su cólera con amenazas. Napoleon le vió salir con arrogancia y pasar por en medio de todos sus partidarios, llevándose el secreto, y declarándose abiertamente su adversario y aun su denunciador. Sin embargo, ya fuese por consideracion á la alianza de este general con su hermano, ya fuese mansedumbre, compañera ordinaria de la fuerza ó bien admiracion, le dejó salir.

Aquella misma noche se habia reunido

en casa de S.... un conciliábulo compuesto de diez diputados del consejo de quinientos; Bernadotte se presentó allí. Convínose que por la mañana siguiente á las nueve se abriría el consejo; que solo se avisaría á los miembros que eran de su opinion; que se decretaría que para imitar la prudencia que acababa de manifestar el consejo de los ancianos nombrando Bonaparte general de su guardia, el consejo de los quinientos elegía á Bernadotte para mandar la suya, y que este, completamente armado, estaria pronto para presentarse en cuanto se le llamase. Este proyecto se formó en casa de S...., y el mismo S.... corrió inmediatamente á revelarlo á Napoleon. Una amenaza bastó para contener á los conjurados; ninguno tuvo la osadía de presentarse al consejo, y al dia siguiente se verificó la revolucion del 18 brumario.

Posteriormente Bernadotte satisfizo á la prudencia con una mentida sumision, pero Napoleon conservaba en el fondo

de su corazon el recuerdo de su resistencia: nunca le perdía de vista, y muy pronto le vislumbró al frente de una conspiracion que se tramó contra él en el oeste, que una proclama prematura habia descubierto un oficial preso por otros motivos y cómplice de Bernadotte descubrió los autores. Esta vez este general estaba perdido si Napoleon hubiese podido convencerle. Contentóse con deterrarle á América bajo el título de ministro de la república, pero la fortuna le ayudó ya en Rochefort, retardando su embarque hasta que se rompió la guerra con la Inglaterra. Entonces no quiso marchar ni Napoleon pudo obligarle á ello.

Así pues, todas sus relaciones eran rencorosas, y esta animadversion, fué aumentando progresivamente. Poco despues se vió que Napoleon vituperó la envidiosa y pérfida inaccion de Bernadotte en la batalla de Auerstaedt; su orden del dia de Wagram, en la cual se atribuía el honor de la victoria. Le echaba en cara su ca-

racter mas ambicioso que patriota , y quizás la seduccion de sus maneras , cosas muy perjudiciales á un poder naciente ; y sin embargo le habia prodigado títulos , grados y decoraciones , que este habia aceptado como un efecto de justicia y de la necesidad que tenia de él.

Bernadotte por su parte , abusando de la dulzura y condescendencias del emperador , se atraía su descontento que él llamaba enemistad . Preguntaba porque motivo Napoleon le habia situado en Wagram en una tan falsa y peligrosa posicion ; porque le era tan desfavorable la relacion de esta victoria ; á que debia atribuir el zeloso cuidado de debilitar su elogio en los periódicos con notas insidiosas . Sin embargo hasta entonces no tenia importancia esta obscura y sorda oposicion de este general contra su emperador , pero luego abrió un vasto campo á su desavenencia .

En Tilsitt , Suecia fué sacrificada á la Rusia y al sistema continental , del mismo modo que lo habia sido el imperio oto-

mano . La falsa ó loca política de Gustavo IV fué causa de esta desgracia . Este príncipe parecia haberse puesto , desde 1804 , al sueldo de la Inglaterra : él mismo habia roto la antigua alianza de la Francia y la Suecia , y se habia obstinado en esta falsa política hasta luchar primero con la Francia victoriosa de la Rusia , y luego contra la Rusia reunida á la Francia . Ni la pérdida de la Pomerania en 1807 , ni la de la Finlanda é islas de Aland agregadas á la Rusia en 1808 , no habian modificado su obstinacion .

Entonces su pueblo irritado recobró el poder de que le habia privado en 1772 y 1788 Gustavo III , y de que hacia tan mal uso su sucesor . Gustavo IV fué preso , depuesto y su descendencia directa excluida del trono ; su tio fué puesto en su lugar y el príncipe de Holstein-Augustembourg elegido príncipe hereditario á Suecia . La guerra habia sido la causa de esta revolucion , y la paz fué su resultado ; esta se firmó con la Rusia en 1809 ; mas el prin-

cipe hereditario nuevamente elegido murió entonces súbitamente.

En los primeros días del año 1810, la Francia habia devuelto la Pomerania y la villa de Rugen á la Suecia en premio de su adhesion al sistema continental. Los Suecos fatigados, empobrecidos y hechos casi insulares por la pérdida de la Finlandia, rompian á su pesar con la Inglaterra, pero se veian obligados á ello : por otra parte temian el poder tan vecino y conquistador de la Rusia, y sintiéndose débiles y abandonados, buscaron un apoyo.

Bernadotte acababa de mandar el cuerpo de ejército frances que se habia apoderado de la Pomerania : su reputacion militar, ó mas bien la de su nacion y de su emperador, la dulzura, la generosidad y las caricias que habia acordado á los Suecos con quienes habia tenido que hacer, condujeron algunos de estos á fijar los ojos en él, ignorando al parecer, la desavenencia de este mariscal y su gefe. Se habian imaginado que eligiéndole por su

príncipe tendrian en él, no solamente un general respetable, sino tambien un poderoso mediador entre la Francia y la Suecia, y en su emperador un protector seguro, pero sucedió todo lo contrario.

En las intrigas á que habia dado lugar esta circunstancia, creyó Bernadotte poder aumentar sus quejas contra Napoleon. Cuando á pesar de Carlos XIII y de la mayor parte de los miembros de la dieta, fué propuesto para la corona da Suecia; cuando sostenido en esta pretension por el primer ministro de Carlos XIII, hombre sin antepasados, grande por sí mismo y por el conde de Wrede, único miembro de la dieta que le haya guardado su voto, vino á pedir á Napoleon su intervencion; ¿porqué este á quien Carlos XIII habia pedido sus órdenes, se mostró tan indiferente? ¿Porqué ha preferido la reunion de las tres coronas del norte sobre la cabeza de un príncipe Dinamarqués? Si Bernadotte ha salido bien en esta empresa, no se lo debe al emperador de los Franceses,

solo sí á la pretension del rey de Dinamarca que perjudicó á la del duque de Augustembourg (1), su rival mas temible, al audaz reconocimiento del varon de Merner, el primero que le ofreció ponerse sobre las filas, y á la aversion de los Suecos por los Dinamarqueses; y lo debe principalmente á un pasaporte obtenido diestramente por su agente del ministro de Napoleon. Este documento, se dice, fué producido por el emisario secreto de Bernadotte, como la prueba de una mision autógrafa de que se decia encargado, y del deseo formal del emperador de los Franceses, de ver uno de sus ayudantes y pariente de su hermano sobre el trono de Suecia.

Fuera de esto, Bernadotte conoce que debe esta corona á la casualidad que le ha intimado con los Suecos, y les ha hecho conocer su caracter y cualidades; al nacimiento de su hijo, que aseguraba la

---

(1) Hermano del difunto príncipe del mismo nombre.

descendencia; al arte de sus agentes que, autorizados ó no, han hecho brillar á los ojos de los Escandinavios catorce millones, con que su eleccion enriqueceria el erario público; en fin á sus modales afables que le han ganado muchos Suecos antes sus prisioneros, ¿ Pero á Napoleon que le debe? ¿ Cual fué su respuesta á la noticia que él mismo vino á anunciarle del ofrecimiento de algunos Suecos? « Yo estoy demasiado lejos de la Suecia, replicó el emperador, para ocuparme de sus negocios; no conteis con mi apoyo. » Es verdad que al mismo tiempo habiendo declarado Napoleon, sea por necesidad, porque temiese la eleccion del duque de Oldenbourg, ó por respeto á la voluntad de la fortuna, que dejaria disponer á la Suecia, Bernadotte fué elegido príncipe de ella.

Entonces el nuevo príncipe se presento en casa de Napoleon: este lo recibió con franqueza. « Se os ofrece, le dice, la corona de Suecia, yo os permito aceptarla;

yo tenia otra intencion, ya lo sabeis; pero en fin, vuestra espada os hace rey, y ya conoceis que no seré yo quien se oponga á vuestra fortuna.» Entonces le descubre toda su política. Bernadotte parece prendado; todos los dias se presenta al levantarse el emperador con su hijo, mezclándose á los otros cortesanos; y con estas señales de diferencia entra en el corazon del emperador. Va á partir, pero pobre. El emperador no quiere que se presente al trono de Suecia tan desprovisto como un aventurero, y le da genérosamente dos millones de su tesoro; concede ademas á la familia del nuevo príncipe las dotaciones que este no podia conservar como príncipe extranjero; y en fin, se separan satisfechos.

Las esperanzas de Napoleon sobre la alianza de la Suecia, se habian aumentado con esta eleccion y con sus beneficios. Por lo pronto, la correspondencia de Bernadotte fué la de un inferior reconocido; pero desde sus primeros pasos fuera de la

Francia, como sintiéndose aliviado de una larga y penosa opresion, se dice, que desahogó su ira contra Napoleon con discursos amenazadores, que ciertos ó falsos, fueron denunciados al emperador.

Este soberano obligado á ser absoluto en su sistema continental, pone trabas al comercio de la Suecia, y quiere excluir de los puertos de este reyno hasta los navíos americanos; en fin, declara que no conoce por amigos sino á los enemigos de la Gran Bretaña. Bernadotte se vió precisado á elegir; el invierno y la mar lo separaban de los socorros ó de la agresion de los Ingleses; los Franceses tocaban sus puertos: así la guerra con la Francia hubiera sido real y presente, y con la Inglaterra podia ser solo fictiva. El príncipe de la Suecia tomó este ultimo partido.

Sin embargo, Napoleon tan conquistador en la paz como en la guerra, desconfiándose de las intenciones de Bernadotte, habia pedido varias tripulaciones de navío para la flota de Brest y el envio de un

cuerpo de tropas que él pagaría; debilitando así sus aliados para sugetar sus enemigos, se hacia dueño de unos y otros. Exigió además que los géneros coloniales fuesen sugetos en Suecia como en Francia á un derecho de cinco por ciento; y aun se asegura que se pidió perinitiesen en Gotembourg aduaneros franceses. Estas peticiones fueron eludidas.

Poco despues Napoleon propuso una alianza entre la Suecia, Copenhague y Varsovia; confederacion del norte, de que él seria gefe como de la del Rhin. La respuesta de Bernadotte, sin ser negativa, tuvo el mismo efecto; como así mismo un tratado ofensivo y defensivo que todavía le propuso Napoleon. Bernadotte ha dicho despues que cuatro veces en sus cartas autógrafas, habia expuesto francamente la imposibilidad en que se hallaba de obtemperar á los deseos de Napoleon, protestando su adhesion á su antiguo gefe, pero que este no se dignó responder. Este silencio impolítico (si el hecho es cierto)

solo puede atribuirse al orgullo de Napoleon ofendido por las repulsas de Bernadotte. Juzgó sin duda demasiado falsas las protestaciones de este para que mereciesen respuesta.

Las comunicaciones se hacian desagradables y acaloradas, y se interrumpieron con el regreso de Alquier, ministro de Francia en Suecia. Entretanto quedaba sin efecto la pretendida declaracion de guerra de Bernadotte á la Inglaterra, y Napoleon, á quien no se podia reusar ni engañar impunemente, hacia la guerra al comercio de Suecia por sus corsarios. Con ellos y por la invasion de la Pomerania sueca, el 27 de enero de 1812, castigó á Bernadotte de haberse desviado del sistema continental, y obtuvo como prisioneros muchos miles de soldados y marineros suecos que habia pedido inutilmente como auxiliares.

A este tiempo se rompieron nuestros lazos con la Rusia; inmediatamente Napoleon se dirige al príncipe de Suecia.

Sus notas fueron las de un soberano que creyendo hablar en el interes de su vasallo, tiene derecho á su gratitud ó á su sumision, y que cuenta con ellas. Exigia que Bernadotte declarase una guerra formal á la Inglaterra, que le cerrase el Báltico, y que armase cuarenta mil Suecos contra la Rusia. En recompensa le prometia su proteccion, la Finlandia y veinte millones por un valor igual en géneros coloniales que los Suecos deberian aprontar desde luego. El Austria se encargó de apoyar esta proposicion; pero Bernadotte, ya acostumbrado al trono, respondió como príncipe independiente. Se declaraba neutro abiertamente; abria sus puertos á todas las naciones; recordaba sus derechos y sus agravios; invocaba la humanidad; aconsejaba la paz, y él mismo se proponia como mediador: secretamente se ofrecia á Napoleon á precio de la Norvega, de la Finlandia y de un subsidio.

A la lectura de este estilo nuevo é

inesperado, Napoleon se arrebató de admiracion y de cólera: al verse, no sin razon, una defeccion premeditada por Bernadotte, una inteligencia secreta con sus enemigos, se agita de indignacion y exclama golpeando violentamente esta carta, y la mesa en que se halla extendida: « ¡ El ! ¡ el miserable ! ¡ él me da consejos ! ¡ él quiere hacerme la ley ! ¡ él se atreve á proponerme una infamia ( 1 ) ! ¡ Un hombre que lo debe todo á mi bondad ! ¡ Qué ingratitud ! »

Luego, paseándose con precipitacion, deja escapar por intervalos estas palabras: « ¡ Ya debia esperármelo ! siempre lo ha sacrificado todo á sus intereses. Este es el hombre que durante su corto ministerio ha intentado la resurreccion de los jacobinos ; que no esperando nada sino del desorden , se ha opuesto al 18

( 1 ) Napoleon queria sin duda hablar de la proposicion que le hacia Bernadotte de quitar la Norvega á la Dinamarca su fiel aliada, para comprar con esta perfidia el socorro de la Suecia.

brumario, y el que ha conspirado en el oeste contra el restablecimiento de la justicia y de la religion. Su envidiosa y pérfida inaccion, ha comprometido el ejército frances en Auerstaedt ; Cuantas veces he perdonado sus intriga y disimulado sus faltas por consideraciones á Josef! Sin embargo, yo le he hecho general en gefe, mariscal, duque, príncipe, y en fin rey; ¿pero qué sirven á un ingrato tantos beneficios y el perdón de tantas injusticias? Si la Suecia medio devorada de un siglo á esta parte por la Rusia, existe todavía independiente, lo debe al apoyo de la Francia; pero no importa, á Bernadotte le falta el bautismo de la antigua aristocracia, un bautismo de sangre y de sangre francesa; y vais á ver que por satisfacer su envidia y su ambicion, va á vender su antigua y su nueva patria.»

En vano se procura calmarle; se le hizo presente lo mucho que impone á Bernadotte su nueva posicion; que la ce-

sion de la Finlandia á la Rusia ha separado la Suecia del continente haciendo de ella una isla, y por consiguiente la ha colocado bajo el sistema ingles. Toda la necesidad que tiene de este aliado en circunstancias tan graves, no puede vencer su orgullo herido de una proposicion que le parece insultante, vé todavía demasiado en este nuevo príncipe de Suecia, aquel Bernadotte poco ha vasallo suyo, su inferior militar y que pretende en fin haberse hecho un destino independiente del suyo: desde entonces sus instrucciones anunciaban esta disposicion, su ministro las dulzificaba; pero era inevitable un rompimiento.

Se ignora lo que mas contribuyó á él si el orgullo de Napoleon ó los antiguos zelos de Bernadotte: lo cierto es, que por parte del emperador de los Franceses, los motivos fueron honoríficos. «La Dinamarca, decia él, es el mas fiel de mis aliados; su adhesion le ha costado su flota y ha traído el incendio de su ca-

pital. ¿Había de pagarse con una perfidia una fidelidad tan cruelmente probada, arrancándole la Norvega para darla á la Suecia?»

En cuanto al subsidio que se le pedia, respondió como por la Turquía, «si se había de hacer la guerra con dinero, la Inglaterra sería mas fuerte que él; además el conseguir un fin por medio de la corrupcion, es debilidad, es indecoro.» De ahí pasando de nuevo á su orgullo ofendido, terminó esta negociacion exclamando: «¡Bernadotte imponerme condiciones! ¿Piensa acaso que le necesito? Yo sabré muy bien sugetarlo á mis victorias y forzarle á seguir mi soberana impulsión.»

Entretanto la Inglaterra, activa, especulativa, libre de riesgo, juzgaba sanamente de los golpes que se habían de descargar, y hallaba los Rusos dóciles á sus sugerencias: ella era quien había tres años, trataba de atraer y debilitar las fuerzas de Napoleon en los desfiladeros

de la España, y ella fué quien supo entonces aprovecharse de la insidiosa enemistad del príncipe de Suecia.

Sabiendo que el activo y oficioso amor propio de los hombres que se elevan, siempre está inquieto y dispuesto á alterarse ante los hombres elevados anteriormente, la Inglaterra y Alejandro emplearon las promesas, y sobre todo las mas seductoras para ganar á Bernadotte: le acarician mientras que Napoleon irritado le amenaza; le prometen la Norvega y un subsidio, cuando este, obligado á negarle esta provincia de un fiel aliado, hacia ocupar la Pomerania: cuando Napoleon príncipe creado en sí mismo, fundándose en los tratados, en los antiguos beneficios y en el interés de la Suecia, exigia socorros de Bernadotte, los soberanos hereditarios de Londres y Petersburgo le pedian consejos distinguidamente y se sometían anticipadamente á los conocimientos de su experiencia; en fin, cuando el genio de

Napoleon, la grandeza de su elevacion, la importancia de su empresa, y la costumbre de sus antiguas relaciones, colocaban todavía á Bernadotte como su ayudante; aquellos aparentaban mirarle ya como su general. ¿Cómo podria por una parte no desear salir de esta inferioridad, ni de otra resistir á unas formas y promesas tan seductoras? Así pues, el porvenir de la Suecia fué sacrificado á tan halagüeñas esperanzas, y su independencia entregada para siempre á la fe de los Rusos por el tratado de Petersburgo que firmó Bernadotte el 24 de marzo de 1812: el de Bucharest, entre Alejandro y Mahmoud, se concluyó el 28 de mayo; así perdimos el apoyo de nuestras dos alas.

Sin embargo, el emperador de los Franceses á la cabeza de seiscientos mil hombres ya empeñado muy adelante, esperaba que su fuerza desidiria de todo; que una victoria sobre el Niemen cortaria todas estas dificultades diplomáticas que puede ser despreció demasiado; que

entonces los príncipes de la Europa obligados á reconocer su estrella, se apresurarian á entrar en su sistema, y que en su torbellino arrastraria todos estos satélites.